

El ibérico, lengua en contacto

Amico et magistro Antonio Tovar

INTRODUCCION

0. En el número 20 de esta revista publicamos el artículo «*Urcius* y *Concius Aequos*: nombre de vasija y medida de capacidad, no nombres propios», con la intención de demostrar que esos nombres, tenidos en general como propios, eran comunes y —no obstante el parecido con raíces que pudieran insinuar lo contrario— no de origen ibérico o celta, como se creía, sino sencillamente latinos: *Urceus* y *Congius Aequus*.

Si la argumentación ha resultado, según esperamos, convincente, cabe preguntarse cómo pudo llegar a ser del dominio común la otra explicación, ciertamente equivocada. La respuesta la tenemos en el hecho de que, en muchas vasijas parecidas, figuran incontestablemente nombres propios, las más de las veces de los respectivos dueños¹.

1. No serán pocos los rótulos que, obedeciendo a cierta analogía generalizadora, han sufrido la misma suerte que *Urcius* y *Concius Aequos*, la de ser alistados entre los nombres propios, sin tener que ver nada con ellos; como tampoco será raro el fenómeno opuesto, de interpretar nombres propios de manera diferente. Nos parece significativa la actitud discrepante de dos críticos, HIRSCHFELD y BOHN, respecto a algunos epígrafes latinos cuya interpretación pudiera parecer controvertida más por principio que por razones lingüísticas. En el CIL XII, de 1888, HIRSCHFELD explica *salve tu*, junto con otras inscripciones cual *ave, vale, felicem te* como "acclamations et adloquia" (p. 957) BOHN, en cambio, opina diversamente: "SALVE et SALVE .TV non acclamations esse. ut Oxeio visum est a. B. 102, p. 149, sed Salveti nominis formas brevias persuasum habemus" (CIL XIII, 3, 10010, 1707), con referencia al epígrafe 229 del mismo tomo y número: *Avetus, Avetu, Avet()*, que también interpreta como nombre propio, y a *Ave*, repetido tres veces (ib., 225), y del que comenta que "Non acclamatio est *ave!* sed nomen brevium"; también *AVE · VALE* habría que entender de modo parecido (ib., 226). En un sello de alfarero que reza *FELI · TE* (CIL XIII, 10010, 886) hace referencia a *FELICEN · TE*, advirtiendo que está convencido "His sigillis sodalicium figulorum indicari", rechazando la opinión de que es una *acclamatio*, por no conocer "exempla acclamationis sigilli loco vasculis inscriptae". Nombre de alfarero sería igualmente *nequres* de CIL XIII, 10010, 1418, *Oxé, Redende Sigillata-Stempel* vuelve sobre el tema, aduciendo material para probar que se trata de *acclamations*: *nequres* ha sido interpretado como *ne qures*, grafía por *ne cures*, y puesto en relación con Plautus, *Capt.* 632: *meam rem non cures, si recte facias* y Horacio, *Epist.* I, 1, 47: *ne cures ea quae stulte miraris et optas* (cf. *quos peperisti ne cures*, Enn. ap. Serv. ad Verg. A. 9, 656); *feli · te*, en vista de *felicem te*, que no ha de ser más que una reproducción vulgar de la corriente fórmula *felicem te*, ha de ser *acclamatio*; aunque haya existido efectivamente el nombre propio

Ahora bien: Si elementos lexicales nada raros de una lengua tan bien conocida como el latín han sido interpretados erróneamente, en virtud de una tendencia de fácil explicación, como nombres propios, es lícita la pregunta de si no ocurrirá lo mismo, e incluso más frecuentemente, con elementos de lenguas desconocidas. Esta pregunta nos la habíamos hecho, en relación con las inscripciones ibéricas, y antes de conocer la existencia de *Urcius* y de *Concius Aequos*, en un seminario sobre inscripciones prerromanas de la Península Ibérica, dirigido por Antonio Tovar, en el semestre de invierno de 1974-1975, en la Universidad de Tubinga.

1. Si consideramos los numerosos casos análogos en la interpretación de inscripciones de otras lenguas más o menos conocidas, la respuesta lógica parece la afirmativa:

1.1. La especialista Luigia A. Stella, en su libro *La civiltà micenea*, propone con fina intuición varias veces la explicación de palabras como nombres comunes, mientras que otros habían preferido interpretarlas como nombres propios: *a-pi-te-ja* sería 'molino (real)' (p. 189), difiriendo de Ventris, *Documents*, quien duda entre 'nombre de lugar' y 'nombre de mujer'; *a-pi-te-wa* lo relaciona con la palabra anterior, trayendo a colación *a-pi-te*, que significaría 'harina' (cf. $\alpha\lambda\phi\iota\tau\alpha^*$, p. 169) y el griego $\alpha\lambda\phi\iota\tau\epsilon\upsilon\varsigma$ 'mugnaio d'orzo' (p. 189); Ventris piensa de nuevo en un nombre propio, de lugar. *do-ro-go* figura en Ventris como 'nombre de lugar'; según Stella sería 'viticultor', correspondiendo al griego $\delta\rho\sigma\pi\acute{\alpha}$ (p. 170). *koru-no*, *ko-tu-ro* y *ma-di-go* son para Ventris nombres de varón, mientras que Stella ve en ellos «termini micenei relativi ad arnesi agricolí e attenenti a oggetti legati alla vita dei campi», y tendrían que ver con $\kappa\omicron\rho\upsilon\nu\alpha$ 'bastone di legno', $\kappa\omicron\tau\acute{\upsilon}\lambda\omicron\nu$ y $\mu\alpha\delta\iota\beta\omicron\varsigma$ 'zappa' (p. 170).

1.2. En etrusco son numerosas las voces de interpretación «ambigua» que designarían según unos intérpretes un objeto —un recipiente—, y que según otros serían nombres de persona. Recordamos, entre otros, *puteres*, *cupes*, *mata*, *nipe*, *kraitiles*, *patara*².

Salvetus y estuviese o esté documentado *Avetus*, los numerosos augurios del tipo *salve soror*, o *salve tu puella*, o *ave*, *vale*, *bella tu*, o *avete vos*, o *vivas Luxuri*, *homo bone*, o las exhortaciones *pone curiose*, o *fur*, *pone me*, o *egelo*, *pone*, o *Claudio*, *non sum tua*, o *ne at(t)igas*, *non sum tua*, *M(arci) sum* que trae a colación Oxé, loc. cit., a las que cabe añadir otras muchas, aunque no se trate de sellos, cual algunas de Peyrestortes, e. g. *bibe*, *serve*, *non vaco tibi* o *fur*, *cave malum* CLAUSTRES, pp. 52 y 47) muestran lo aventurado que es querer descubrir sólo nombres propios.

* Las inconsecuencias en la acentuación de las palabras griegas obedecen a razones técnicas.

² Remitimos a nuestro artículo "A propósito del hápax *patara* en etrusco", cuya publicación está prevista en *Studi Etruschi*.

1.3. El estudio de las inscripciones de la Graufesenque nos parece elocuente al respecto, por más que el carácter de esos grafitos sea diferente en muchos aspectos al de la mayoría de las inscripciones ibéricas, por no hablar de la cronología.

Duci y toni, que para Oxé no pueden ser nombres propios, figuran como tales en el fundamental estudio de Hermet de 1934; lo mismo valga de *Casidanno* y *Cassidanalone* que, a juicio de Oxé y de otros críticos, significan algo así como 'inspector' y que Hermet incluye en ese mismo trabajo entre los nombres de alfareros. *Autagis* designaría, igualmente, según ese autor, un alfarero³; Oxé se había preguntado si no significaría 'Lieferung' o 'Schicht', opinión ésta próxima a la de Whatmough, que interpreta 'layer'.

2. Aunque no esté la razón siempre de parte de quienes propugnan que se trata de nombres comunes, estos casos, escogidos de entre otros muchos, permiten, si no deducir con certeza, al menos admitir como verosímil que en la interpretación de inscripciones ibéricas no se presentará una situación muy diferente.

Una suposición genérica de este tipo no nos servirá de mucho mientras no se vea corroborada por ejemplos del ibérico mismo. Y aquí nos encontramos precisamente con un escollo que parece insuperable debido a nuestros exiguos conocimientos de esa lengua. El reducidísimo número de palabras cuyo significado nos es conocido con relativa seguridad constituyen una base demasiado estrecha para construir sobre ella una teoría de ese tipo. Las numerosas pero inseguras interpretaciones basadas en la teoría del vasco-iberismo constituyen un punto de partida demasiado poco sólido.

La cuestión de si nombres comunes han sido tomados por propios no quedará resuelta para el ibérico mientras no conozcamos algo mejor esa lengua.

2.1. Creemos que hay un enfoque del problema ibérico que promete resultar fecundo, al que aludimos con el título, cuya presunción no ignoramos, de «El ibérico, lengua en contacto».

Por medio de la comparación con lenguas bien o mejor conocidas; pretendemos acercarnos a algún aspecto, del léxico ante todo, de una lengua desconocida, del ibérico. Con el término «en contacto» nos referimos, pues, no al bi- o plurilingüismo en el mismo individuo o comunidad, sino a la relación de contigüedad lingüística, sea debido a la situación geográfica, sea a la

3 Si tomásemos en consideración otro estudio anterior de HERMET, aún serían mayores las discrepancias en este aspecto.

cultural en el sentido amplio de la palabra, entre individuos o comunidades donde prepondera claramente el uso de lenguas diferentes⁴.

2.1.1. A propósito de la teoría del parentesco vasco-ibérico se ha expresado, por parte de especialistas escépticos al respecto, la opinión de que los innegables parecidos no son lo suficientemente numerosos como para permitir la conclusión de que se trata de una misma lengua; que encuentra antes bien su explicación en la influencia entre lenguas diferentes, como términos culturales.

Dejando de momento de lado la cuestión del vasco-iberismo, queremos examinar concretamente este aspecto del ibérico, que no ha sido tomado en consideración hasta el presente sino muy vagamente, el de los términos de cultura y, más exactamente, el de los préstamos.

2.2. Los elementos que una lengua toma prestados de otra no constituyen la parte más típica de la lengua receptora, quedando más bien al margen de ella, y contribuyendo sólo, por tanto, poco a su comprensión. Querer sacar conclusiones sobre las características de una lengua por los préstamos que en ella se encuentran sería tan aventurado como pretender descubrir las peculiaridades de una población a raíz del elemento extraño que en ella reside. Sin embargo, los préstamos pueden formar un punto de partida práctico y relativamente firme para el estudio, y arrojar luz sobre el intercambio cultural; pueden constituir un documento histórico.

2.2.1. Un elemento léxico de una lengua, al pasar a otra lengua, conservará, al menos en la fase inicial, en parte mayor o menor la forma que tenía en la lengua de procedencia. Un par de ejemplos triviales nos dispensarán de perdernos en consideraciones teóricas: El castellano *fútbol* delata, no obstante la grafía adaptada al sistema de la lengua receptora, su origen inglés. El latín *sperare* quedaría en italiano, que conoce el grupo inicial *sp-* y la terminación del infinitivo en *-e-*, tal cual; en francés, el inicio sería el mismo, pero se llevaría a cabo una adaptación en cuanto a la desinencia; en castellano se añadiría una vocal protética, y se suprimiría la vocal final, etc. El vasco, cuyo sistema fonológico ha sido relacionado, y no sin razón, con el del ibérico, obliga a veces a modificaciones importantes: *ficu* sería adaptado, debido a la inicial, de manera diferente que e. g. en italiano; *rege*, en razón

4 Quisiéramos que la asociación con el concepto de "lenguas en contacto" expuesto en el clásico estudio de WEINREICH fuera, cuando mucho, marginal, por ser muy diferentes las premisas y los propósitos muy diversos; WEINREICH considera que dos o más lenguas están en contacto si son usadas alternativamente por las mismas personas, bi- o plurilingües. Su intención es estudiar la influencia que ejerce una lengua sobre otra en el mismo individuo. Se da por supuesto que las lenguas de análisis son conocidas. Una aplicación de este método la tenemos en el meritorio libro de A. M. ECHAIDE, *Castellano y vasco en el habla de Orio. Estudio sobre lengua tradicional e importada*. Pamplona, 1968.

de la falta de *r*- inicial en esa lengua, asumiría una vocal protética, resultando *errege*; *cruce* se adaptaría dando *gurutze*, *cleta* se convertiría en *gereta*, etc.

2.2.2. Refiriéndonos a elementos adventicios que circulan en una lengua sin haberse integrado en el sistema de ésta hablamos de «extranjerismos». La falta de integración puede limitarse a la fase inmediatamente posterior al punto de introducción, pudiendo realizarse en una fase más tardía. Es imaginable el que la introducción de extranjerismos llegue a originar una modificación en el sistema de la lengua. Por su forma, los extranjerismos suelen ser fáciles de descubrir.

2.2.3. Más importantes nos parecen los elementos extraños que, al entrar en otra lengua, pierden algunos rasgos o adquieren otros nuevos, asimilándose a las peculiaridades del sistema de la lengua receptora. Podemos admitir, como regla aproximativa, que un préstamo se asemejará tanto más en ambas lenguas cuanto más se parezcan los sistemas de ambas en cuanto a las unidades afectadas en el determinado elemento prestado o adquirido.

3. Conocemos bastante bien el sistema fonológico del ibérico, de modo que estamos en condiciones de «predecir», dentro de cierto margen de oscilación, la forma que asumiría tal o cual palabra al ser adaptada a esta lengua. Los cambios más profundos los supondremos en los puntos en los que el sistema de la lengua prestadora y el de la receptora difieren más notablemente: A juzgar por el sistema escriturario, que no prevé su representación, el ibérico no conoce los grupos de oclusiva y líquida, ni hace distinción entre oclusiva sorda y sonora, ni dispone, con alguna excepción, de nasal bilabial *m*: si la palabra prestada contiene uno de esos grupos, habrá que contar con una modificación (cf. el conocido *boroten - Protemus*)⁵.

No obstante las posibles fluctuaciones en la adaptación y alguna duda sobre la interpretación de tal o cual signo ibérico, en cuanto a la fonética se refiere, nos movemos en un terreno relativamente sólido⁶, mucho más sólido que en lo que atañe a la semántica.

3.1. Resulta azaroso el intento de establecer relación entre elementos, de la misma o de diversas lenguas, cuyo significado nos es desconocido, por el parecido externo. Siempre hay que contar con el factor de la casualidad,

5 SOLA i SOLÉ, en el artículo citado en el § 4.5.4., analiza el correspondiente sello de otra forma, estableciendo para *Protemus* la equivalencia *Borotenbo*, que no nos parece desacertada del punto de vista fonológico.

Limitándonos a los grupos de oclusiva + líquida, las soluciones que esperaríamos no se diferenciarían mucho de los recursos de que se ha servido el celtibérico, que reproduciría e.g. *kra*- sea como *kara*-, sea como *kar*-, sea como *ka*-.

6 No tomamos en consideración el intento de lectura de los textos escritos en caracteres ibéricos que hace L. RIBEIRO, *O enigma ibérico*, y que se aleja esencialmente del sistema de lectura tradicional.

de la coincidencia incidental. Lenguas que no están relacionadas en lo más mínimo pueden ostentar elementos parecidos en cuanto a la forma; tampoco están excluidos los casos de coincidencia fortuita en cuanto a forma y significado⁷.

De ello pudiera derivar una actitud metódica sumamente escéptica frente al parecido formal, como la que se refleja en la frase de Lafitte, *Grammaire*, p. 26, acuñada a propósito de la teoría de la relación lingüística vasco-aquitana: «Ces noms aquitains sonnent basque c'est exact, mais on en trouverait d'aussi curieux sur n'importe quelle carte du Japon».

Más cercana a la realidad está ciertamente la postura de quienes consideran la semejanza de *Cison*, *Andere*, *Nescato* con *gizon*, *andere*, *neskato*⁸ como claro indicio de parentesco lingüístico.

3.2. Un escepticismo apurado hasta el extremo tendría como consecuencia la paralización de todo análisis. Una precipitada credulidad, basada en el mero parecido externo de pocas palabras, llevaría a resultados inseguros e inservibles.

4. Parece propugnable una vía intermedia que, partiendo de la semejanza o correspondencia externa, busque, si no pruebas, al menos indicios que, sumados, permitan deducir una relación, aunque no como segura, al menos como probable.

4.1. La analogía puede permitirnos determinar hasta cierto punto el campo semántico de algunas inscripciones ibéricas: En una moneda esperamos encontrar un epígrafe diferente que en una tessera hospitalis —o al menos podremos excluir para aquélla un texto que podemos admitir para ésta—, o que en una estela, o que en una pesa, o que en una lámina de metal, o que en una vasija.

4.1.1. De nuevo por analogía será recomendable distinguir, en el último grupo:

1) Vasijas destinadas al transporte de mercancías, con las subsiguientes diferenciaciones en función de sus respectivos usos;

2) Vasijas «artísticas», que tienen valor por sí solas. En este último caso sería conveniente en el análisis hacer distinción de acuerdo con el material de que están hechas las vasijas.

En el grupo 1), y limitándonos a las indicaciones que no tengan que ver con los nombres propios, no nos extrañaría descubrir algún epígrafe

⁷ Remitimos a COLLINDER, *La parenté linguistique et le calcul des probabilités*.

⁸ En inscripciones de Arles/Tech aparece varias veces *niska* y variantes con el significado de 'ninfa'; no cabe ninguna duda de que está relacionada con el vasco *neska*, cf. COROMINAS, *ZfrPh*, 1975, pp. 1-54.

relacionado con la capacidad de la vasija o con la mercancía transportada. En el 2), y con las mismas restricciones, en un vaso de cerámica, cuya función es más bien convival, cual una cratera, no andaremos desorientados si en el grafito buscamos, sobre todo si está esgrafiado en el fondo, alguna indicación sobre el género de la vasija misma o de otro tipo afín, y algún dato de carácter mercantil o artesano relacionado con el recipiente. Tratándose de una vasija de material precioso, no excluiríamos una indicación sobre el material y sobre la cantidad del mismo.

4.1.2. Ante un fragmento de vasija con grafitos en forma de columna en la parte interna, cabrá preguntarse si ese fragmento no tendrá una función escrituraria parecida a la que asume el papel en nuestros días, y buscaremos paralelo en fragmentos como los de la Graufesenque o en láminas de plomo.

4.2. En las inscripciones ibéricas menores, cuya función no es tan difícil de determinar, por ejemplo sobre monedas, pesas, vasijas, parece tarea no demasiado ardua encontrar una clave de interpretación, parcial al menos, si encuadramos esas inscripciones dentro de la tradición típica de cada grupo.

Las conclusiones a que llega e.g. Remark en su tesis sobre las inscripciones de las ánforas latinas deberán tenerse en cuenta al estudiar las inscripciones ibéricas sobre ánforas o sobre recipientes de finalidad semejante, lo mismo que el aporte de Hackl sobre las inscripciones mercantiles sobre vasos áticos, o el estudio de Kretschmer sobre las inscripciones griegas sobre vasos, etc.⁹.

4.2.1. Avancemos un ejemplo: Los datos numéricos de la inscripción de la vasija de plata de la Granjuela han sido explicados como indicación de la capacidad del recipiente, llegándose a establecer una correspondencia casi perfecta: 1,8026 litros daría el cálculo, frente a 1,715 litros de capacidad medida para la vasija.

A la luz de los epígrafes sobre vasijas de material y otras características parecidas, cual las de Boscoreale o las de Hildesheim, y en vista de testimonios literarios que documentan la costumbre correspondiente, deberemos buscar en el epígrafe la indicación del peso de la vasija, aunque no creamos que esa cantidad indique, como también se ha propuesto, un tributo¹⁰.

9 Es supérfluo advertir que, en la mayoría de los casos, la determinación del campo semántico no pasará de ser aproximada, dadas las numerosas posibilidades tipológicas que se presentan en los epígrafes. Basta que pensemos en el capítulo II de M. BELTRÁN, *Las ánforas romanas en España*, dedicado a "Las marcas en las ánforas".

10 Sobre el epígrafe de esta vasija, sobre la "norma" y el "sistema" ponderales que de él deriva, hablaremos en el próximo Coloquio sobre las Lenguas de la Hispania Antigua de Tubinga. Sería deseable que, para facilitar estudios de este tipo, los catálogos fuesen más pródigos en indicaciones numéricas: del peso, tratándose de vasijas de metal

4.3. No tenemos la intención de presentar un catálogo de los muchísimos sectores a que puede referirse el epígrafe, de los numerosos puntos de vista que hay que tomar en consideración; no hemos querido más que adelantar algunos aspectos de orientación o delimitación semántica que nos han servido de guía al analizar las inscripciones ibéricas con la intención de descubrir en ellas vestigios de las lenguas con quienes ese pueblo estuvo en contacto.

4.4. Es una vez más la analogía quien nos depara indicios que nos permiten deducir en qué sectores habrá que buscar especialmente esas huellas lingüísticas, qué sectores son los más propicios para adoptar palabras de otras lenguas.

4.5. La historia nos enseña cuáles han debido de ser las lenguas, las civilizaciones, que más préstamos habrán suministrado al ibérico.

El griego, con sus numerosas colonias, estará a la cabeza. En el sur de Francia podemos suponer influencia del galo.

4.5.1. Menos sentido tiene el preguntarse a estas alturas si otra lengua contigua, el ligur, habrá ejercido su influjo sobre el ibérico, máxime en la zona de Ensérune, pues aquí tendríamos que operar con dos incógnitas.

4.5.2. Respecto al etrusco, la situación no es mucho más favorable, a causa de nuestros imperfectos conocimientos de esta lengua; además, debemos contar con que muchos de los artículos exportados por los mercaderes etruscos llevarían nombres tomados del griego, de modo que recaerían sobre esta lengua.

4.5.3. La última restricción vale también para el latín, cuyos contactos con el ibérico fueron relativamente tardíos y no demasiado favorables para dejar en él profundas huellas¹¹. Nombres latinos en caracteres ibéricos cual *Tiberius*, *Caius*, *Lucius* dan testimonio de esa relación; en dirección inversa recordamos el bronce de Ascoli. *Muniki*, que se ha relacionado con *municipium*, nos acercaría al sector de la administración. *Bateire* de una vasija de plata, si es que corresponde, según insinuación de Gómez-Moreno, efectivamente al latín *patera*, sería indicio del influjo en el arte de la orfebrería. En el sistema metrológico creemos haber descubierto algún claro vestigio latino, aunque nos parezca más acertado pensar en una adaptación que en una adopción.

precioso o de pesas; de la capacidad, si se trata de vasijas destinadas al transporte, medida, conservación, etc. de mercancías, e. g.

11 No nos referimos a la sustitución o suplantación de una lengua por otra, ya que en tal caso sí que tendríamos que hablar de huellas profundísimas, imborrables, de consecuencias irreversibles.

4.5.4. Una especial atención merecen las lenguas «orientales» en este contexto; por un lado, en cuanto prestadoras al griego de términos culturales que esta lengua propagaría hacia occidente; por otro, en vista de los posibles nexos lingüísticos púnico-ibéricos. Bástenos pensar en Solà i Solé, «Assaig d'interpretació d'algunes inscripcions 'ibèriques' mitjançant el fenici i púnic», o en la ya clásica relación establecida por Tovar (ELH 20-22) entre *eban* de las inscripciones ibéricas y *eban* 'piedra'.

Las prolongadas y estrechas relaciones de los cartagineses con el Sur y Levante español, de cuyo aspecto pacífico da testimonio en el siglo III e.g. el matrimonio de Asdrúbal con una princesa del país, nos llevan a suponer que ha debido de haber influencia en cuanto al léxico cultural.

5. El ibérico ha sido puesto repetidas veces en relación con el griego, v.g. a raíz de *mólibos* 'plomo'. Los diccionarios etimológicos están más o menos de acuerdo en suponer que esa palabra, lo mismo que el latín *plumbum*, es un préstamo que tiene su origen en la que fuera gran exportadora de ese metal, la Península Ibérica. En este contexto suele recordarse el vasco *berun*, que estaría relacionado con la denominación griega y latina, remontando a una base **bolum* o **belum*, que, sin anáptisis sería **plum*, que explicaría la forma latina y, con pérdida de la inicial, posiblemente también otras formas celtas y germanas. Las variantes griegas *mólibos*, *mólubdos*, *bólimos*, *bólubdos* representarían una serie de tentativos de adaptar, sin unificarla, la base ibérica a diversos dialectos helénicos, o reflejaría el esfuerzo por reproducir el sonido ^mb del ibérico.

5.1. Extraña constatar que, mientras que se ha estudiado la posibilidad de préstamos ibéricos al griego¹², no se haya pensado casi en absoluto en el fenómeno inverso, de préstamos en ibérico tomados del griego que, desde luego, no habrá sido menos fecundo que en la dirección opuesta.

5.1.1. No falta en este sentido algún intento aislado, que no queremos silenciar. El hápax *dureta*, que Suetonio califica de *Hispanicum verbum* (Aug. 82, 2) ha sido explicado como adaptación del término griego *droitē* 'bañera'. Bertoldi, *Colonizzazioni* p. 93, remitiendo a un estudio de Schwyzer, parte de una base **dreta* que, con su anáptisis «appare adattata a consuetudini di pronuncia caratteristiche soprattutto dell'Iberia pirenaica». En Walde-Hoffmann no se encuentra esa propuesta etimológica; Ernout-Meillet la rechaza incluso, advirtiendo que esa palabra griega está alejada. La variante griega *drutē*, que, nacida por etimología popular o no, está documentada, debería tomarse en consideración, ya que a través de una

¹² Consideraciones análogas valdrían para el latín.

adaptación **durta* y la epéntesis de la *e* podría ser el origen de esa palabra hispánica¹³.

5.1.2. Maluquer, *Epigrafía* p. 112, apunta accidentalmente a propósito de *keila* de una inscripción ibérica que esa palabra «que no conocemos en ningún otro texto, sugiere una adaptación indígena del vocablo griego *kylix*, típico para esa forma de cerámica. Respecto de *kiter*, *keter* opina que posiblemente transcriben el *kyathos* exótico (p. 46).

5.1.3. Ultimamente Pericay titula un interesante artículo, del que tendremos ocasión de ocuparnos más tarde, «Lengua griega y lengua ibérica en sus contactos en el nordeste peninsular y sudeste de Francia a la luz de los documentos epigráficos». La cuestión de los préstamos, ni la toca siquiera.

6. Quien ha llamado la atención de manera concreta sobre este aspecto ha sido Jaime Siles, quien, en un detallado análisis¹⁴, ha puesto en evidencia la relación que media entre *kules* y el griego *kylix*. En conversaciones con él a raíz del citado seminario celebrado en esta universidad, y animado por el buen rumbo que tomaba su estudio, ha ido cuajando la idea de poner en relación otros nombres, griegos ante todo, y de vasijas primero, de términos culturales en general más tarde, con epígrafes ibéricos.

7. En próximos aportes intentaremos exponer —tras un breve esbozo de las correspondientes relaciones histórico-culturales— comenzando por el griego, los indudables nexos lingüísticos que existen entre el ibérico y las lenguas con que estuvo en contacto, y que son perceptibles principalmente en los términos de cultura, en los préstamos.

Con este enfoque esperamos conseguir acercarnos al sentido de algunas inscripciones ibéricas, desechando la pertenencia a esta lengua de alguna otra que era tenida por ibérica.

7.1. Debido a la indeterminación semántica, en más de un caso la demostración no resultará terminante, debiéndose contentar con apuntar como posible más de una solución, lo que equivale a poco más que a no probar en definitiva nada.

7.2. Si la relación lingüística propuesta en otros ejemplos es, según creemos, convincente, los epígrafes ibéricos vendrán a confirmar la lógica

13 Otra solución muy diferente, que nos ha insinuado TOVAR, pero que no vamos a analizar ahora, sería partir del nombre *Durium*, poniéndolo en relación con una especie de "sauna" de que nos informa Estrabón que estaba en uso entre los Lusitanos.

14 Entre tanto se ha publicado este importante y documentadísimo trabajo, al que tendremos oportunidad de referirnos en el próximo aporte; J. SILES, *Sobre un posible préstamo griego en ibérico*, Valencia, 1976, Servicio de Invest. Prehist., Diputación Prov. de Valencia, Serie de trabajos varios, Núm. 49.

EL IBÉRICO, LENGUA EN CONTACTO

opinión de que tampoco la lengua no se ha substraído a la influencia que se ha puesto de manifiesto respecto a otros sectores culturales del mundo ibérico, cual la construcción, la escultura, la alfarería, la numismática, la escritura.

Francisco Javier OROZ

